



ENEKO FERNÁNDEZ
EL SOLDADO DE
RODAS

Un gladiador sin memoria y un pretoriano
se ven involucrados en una conspiración
para acabar con el emperador Claudio

Roma, año 52 d. C.

Durante el transcurso de una naumaquia con miles de combatientes en el lago Fucino, un senador intenta acabar con la vida del emperador Claudio. Este resultará el primer paso de un complot para derrocar al César e imponer un nuevo orden en el Imperio.

Durante cuatro jornadas frenéticas, pretorianos, delincuentes de la Subura, patricios y un gladiador huido de la naumaquia —que ha perdido la memoria y cree ser un soldado de Rodas— luchan por salvar al César en una carrera sin descanso por las calles de Roma y por descubrir quién está detrás de la conspiración.

Además, otra amenaza se cierne sobre la ciudad. Un culto de fanáticos, los Hijos de Eleusis, está a punto de provocar una revuelta sangrienta en la capital del Imperio impulsada por su misterioso líder: el Hierofante...

Para mi familia.

ÍNDICE DE PERSONAJES

GUARDIA PRETORIANA:

Acilio Calvo, tribuno.

Artorio, *speculator*.

Galerio, *miles gregarius*.

Hosto Caelio, *miles gregarius*.

Lucio Tremelio Scrofa, centurión de los *speculatores*.

Mario, *speculator*.

Petronio, *speculator*.

Sempronio Libo, tribuno.

Sexto Afranio Burro, prefecto.

Sexto Betucio, *probatus*.

Terencio, *speculator*.

Tito Rutilio Lupo, *speculator*.

FAMILIA FANIO:

Andrónico, esclavo.

Fania la Menor, hija pequeña.

Fania Mérula, hija mayor.

Glauco, esclavo.

Lucilia, esposa y madrastra.

Servio Fanio Mérula Póstumo, senador.

Servio Fanio Mérula, hijo mayor.

Xenia, nodriza.

FAMILIA CORNELIO:

Marco Cornelio Cina, senador.

Marco Cornelio Dolabella, hijo mayor.

FAMILIA PAPIRIO:

Aulo Papirio Capito, hijo mediano.
Aulo Papirio Carbo Ambusto, hijo mayor.
Aulo Papirio Carbo, senador.
Aulo Papirio Lurco, hijo menor.

FAMILIA IMPERIAL:

Julia Vipsania Agripina, emperatriz.
Nerón, hijo adoptivo del César.
Tiberio Claudio César Augusto Germánico, César.

OTROS PATRICIOS:

Cneo Hosidio Geta, senador y antiguo cónsul sufecto.
Quinto Viturio Cicurino, senador.

PALACIO:

Ampelios, liberto imperial y *procurator a muneribus*.
Hermes, ayudante de Ampelios.

LA SUBURA:

«El Perro», espía.
Baco, sirviente.
Crísipo, médico griego.
Curtio, hombre sin memoria.
Mamerco Cloelio «el Búho», hombre de negocios.
Minio, guardaespaldas.
Porcio, guardaespaldas.
Spurio, matón de Carbo Ambusto.
Vibio Arrio, ladronzuelo.

GLOSARIO

aquarii, siphonarii: Equivalen a los actuales bomberos; los *aquarii* (de *aquarius*, *-ii*, fontanero, aguador) eran los encargados de llevar el agua y hacer que corriera; los *siphonarii* (de *sipho*, *-onis*, sifón, y de ahí *siphonarius*, *-ii*, sifonero, sofocador) se ocupaban de sofocar el fuego.

atramentarium, *-i* (neutro): Tintero, y *atramentum*, *-i* (neutro): Tinta.

bucina, *-ae*: Bocina, trompeta o corneta militar para anunciar las horas durante la noche, y *bucinator*, *-oris*: Bocinero, trompetero. Soldado encargado de hacer sonar la *bucina*.

Buco, Maco, Papo (también Bucco, Maccus, Pappus): Personajes de la farsa atelana (teatro de Atelia, Campania; sus obras fueron importadas a Roma en el año 300 a. C.).

clivus, *-i* (neutro): Pendiente, cuesta, subida.

cognomen, *-inis* (neutro): Tercero de los *tria nomina* (*praenomen*, *nomen*, *cognomen*), equivale a un segundo apellido, aunque también podía ser una referencia a un mote o a la posición en la familia; y *praenomen*, *-inis* (neutro): Primero de los *tria nomina*, es el nombre propio o de pila.

corvus, *-i*: Arpón, elemento de la proa de un barco.

cursus honorum: (De *cursus*, *-us* y *honor*, *-oris*). «Carrera del honor». Proceso establecido y reglado para ir ascendien-

do en la jerarquía de los distintos cargos políticos del Gobierno.

equites: De *eques*, *-itis*, caballero romano.

gorgoneion: Del griego γοργόνειον. Amuleto con la forma de la cabeza de la Gorgona.

lapis niger: De *lapis*, *-idis* (piedra) y *niger*, *-gra -grum* (negro). Piedra negra en forma de plancha y cuadrada que se colocaba en el Foro como ornamento o símbolo, según la época.

miles gregarius: De *miles*, *-itis* (soldado) y *gregarius*, *-a, -um* (normal, vulgar). Soldado raso.

nomenclator, -oris: Encargado de nombrar a cada persona por su nombre. Un esclavo ejercía de *nomenclator* con el fin de que su amo supiera los nombres de los ciudadanos.

ordo equester: De *ordo*, *-inis* (fila) y *equester*, *-tris* (caballero). Formación militar.

palaestra, -ae: Escuela, gimnasio, palestra; donde eran educados los jóvenes patricios.

perduellio, -onis: Crimen de alta traición.

pilum, -i (neutro): Arma con forma de lanza o jabalina reglamentaria de las legiones.

princeps, -ipis: Primero, líder, guía (referido al emperador).

principia, -ium (neutro, plural): Cuartel general.

probatus, -i: Soldado experimentado, destacado.

procurator a muneribus: De *procurator*, *-oris* y *munus, -eris*. Organizador al cargo.

salutatio, -onis: Tradicional ceremonia matinal en la que el amo recibía a las personas que le juraban fidelidad a cambio de su ayuda.

sella, -ae: Silla, asiento, trono.

Septimontium: Se refiere a Roma, por sus siete colinas.

speculator, -oris: Observador, espía, investigador.

spoliarium, -i (neutro): Foso del circo donde se arrojaba a los gladiadores muertos.

sportula, -ae: «Cestillo», literalmente. Contribución monetaria que el patrón entregaba a sus clientes y que constituía la principal fuente de ingresos de parte de la población de Roma.

tabernae novae: Establecimientos que se edificaron en la fachada sur de la basílica Emilia.

tabularium, -ii: Archivo público que contenía leyes y actas oficiales del Estado romano.

tesserarius, -ii: Soldado que lleva la contraseña en un campamento.

valetudinarium, -ii (neutro): Enfermería, hospital.

vexillatio, -onis: Destacamento de *vexillarii* (de *vexillarii, -iorum*, cuerpo de soldados veteranos que militaba separado de las legiones).

vicus, -i: Lugar, calle.

HORAS DEL DÍA

El día comenzaba con la salida del sol y finalizaba con la salida del sol del siguiente día. Cada día se dividía en 12 *horae*. Eran de duración variable según la época del año, lo que dependía de cuándo salía el sol y de cuándo se ponía.

En primavera, que es la estación en la que se desarrolla la novela, su equivalencia con nuestras horas es la siguiente para la latitud de Roma:

Hora prima: 04:27 - 05:42
Hora secunda: 05:42 - 06:58
Hora tertia: 06:58 - 08:13
Hora quarta: 08:13 - 09:29
Hora quinta: 09:29 - 10:44
Hora sexta: 10:44 - 12:00
Hora septima: 12:00 - 13:15
Hora octava: 13:15 - 14:31
Hora nona: 14:31 - 15:46
Hora decima: 15:46 - 17:02
Hora undecima: 17:02 - 18:17
Hora duodecima: 18:17 - 19:33

Las horas de la noche se dividían en 4 *horas vigiliae*. Al igual que las horas del día, eran de duración variable según la época del año. Dividían el intervalo de tiempo sin luz:

Prima vigilia: 19:33 - 21:47
Secunda vigilia: 21:47 - 0:00

Tertia vigilia: 0:00 - 02:15

Quarta vigilia: 02:15 – 04:27

1

EL SOLDADO DE RODAS

El trirreme siciliano se nos echó encima con el ímpetu de un titán enorme y colérico. El espolón de bronce de su proa hendió nuestro casco, abriendo una grieta a estribor y quebrando los remos a su paso como si fueran ramas secas. Al impacto le siguieron los gritos desgarradores de varios remeros, quienes perecieron aplastados contra los bancos. La sangre escapaba a borbotones de sus cuerpos y se unía a las salpicaduras de agua que caían sobre la cubierta, la cual se había inclinado peligrosamente hacia babor.

Apoyado de espaldas sobre la borda, atrapado en la conmoción que sobrevino tras el choque, yo contemplaba hipnotizado cómo la nave siciliana comenzaba a ciar, desencajándose lentamente de nuestro trirreme para situarse en paralelo y comenzar el abordaje. Un sonido de madera astillándose acompañaba la maniobra, mientras el iris rojo, pintado en su estrave, nos miraba con furia al intentar escapar de las entrañas de nuestra embarcación. Cuando la nave enemiga logró separarse, la cubierta sufrió un zarandeo. Luego se detuvo tras oscilar varias veces. Y durante un instante, los charcos de sangre y agua dejaron de mecerse sobre ella.

Acabábamos apenas de hundir otro trirreme enemigo, cuyos restos rascaban todavía nuestra quilla como si fueran uñas enormes, cuando el nuevo rival se nos había echado

encima. Lo había hecho sin darnos tiempo para recuperar el resuello, dejando nuestra nave ingobernable, muerta, enteramente a su merced.

Entonces oí gritar. Fue un grito autoritario, que rebotó sobre la superficie de la cubierta. Luego un nuevo grito, esta vez acompañado del sonido de un gladio al ser desenvainado. Era yo el que gritaba.

Recobrada ya la compostura, me sorprendí dando órdenes en voz alta, buscando en la vorágine de bultos que me rodeaba, hombres capaces de hacer frente al inminente abordaje. Muchos, de entre la veintena que aún quedaban en pie, presentaban el aspecto de una pronta condena al tártaro. Pero en ese momento divisé, en el castillo de popa, un corro de seis soldados que parecían estar en plenas facultades. Permanecían inclinados hacia adelante, manteniendo una disposición en círculo tras sus escudos, lanzando ojeadas en derredor. Les grité y les hice señales con mi gladio, exhortándolos a formar en línea frente al pretil de estribor. En lugar de obedecer las órdenes, me devolvieron miradas de indiferencia. Al acercarme hacia ellos, mascando su desobediencia en mis mandíbulas, sentí un mareo, trastabillé y caí de rodillas. Acto seguido, y sin poder contenerme, apoyé ambas manos sobre las tablas de la cubierta y vomité con gran estruendo. Lo hice notando la presión del casco sobre las sienes, sintiendo a la vez el cuerpo atezado por armadura. Como si estuviera enroscándose en torno a mí. Intenté controlar el pánico cerrando los ojos, apretando los dientes hasta que rechinaron. Mi mente entonces se vio asaltada por una serie de imágenes vertiginosas: caras extrañas inclinadas sobre mí, sombras sobre adokines, volutas de humo ascendiendo sobre palmatorias, cuerpos tendidos que me miraban con ojos vacíos... Todas ellas conformaban una pesadilla vívida que, sin embargo, yo no sentía como propia.

Una palpitación en mi mano derecha me rescató de la terrible ensoñación. Abrí los ojos. Seguía asiendo fuerte-

mente el arma por la empuñadura; su hoja afilada reflejaba los rayos de un sol que por fin hacía acto de presencia. Mi cuerpo comenzó a calentarse, reconfortado por la luz que Helios nos enviaba. Levanté la cabeza entrecerrando los ojos, a fin de protegerme del deslumbramiento. Distinguí a contraluz la pareja de ciervos de Rodas. Sus siluetas enormes, encerradas en un círculo rojo igualmente enorme, ondeaban sobre la blancura de la vela mayor. El favor de los dioses estaba con nosotros, así que me incorporé y afirmé con seguridad los pies sobre la cubierta, decidido a luchar hasta el fin, hasta que la mano del barquero se extendiera ante mí reclamando su moneda. Como buen soldado de Rodas.

Eché una nueva ojeada alrededor. Los hombres, sobrepasados por los acontecimientos, seguían sin mantener ningún tipo de formación. Traté de animarlos, caminando con decisión por la nave mientras les lanzaba órdenes enfatizadas por movimientos de mi gladio. Reparé en que los soldados del castillo de popa seguían en corro, sin quitarme la vista de encima y sin cumplir mis órdenes. Al acercarme advertí que llevaban dibujada en sus escudos una espiral blanca. Este hecho me extrañó, pues no había distinguido tal señal en ningún escudo del resto de soldados. Mi extrañeza aumentó cuando uno de ellos rompió súbitamente el corro y se irguió bajo las tablas de las aflastas de la popa. Sostenía con ambas manos, pegado a su pecho, un objeto ovalado y plano: un espejo de acero. Su superficie comenzó a emitir destellos intermitentes a medida que el soldado lo inclinaba, con la vista fija en babor.

Por primera vez desde que comenzó la batalla, sonó en mi mente una voz de alarma que se agudizó al fijarme en uno de los soldados de aquel grupo: tenía la mitad de la cara cubierta por una costra brillante y rosada que reconocí como los restos de una antigua quemadura. El hombre, al sentirse observado, me devolvió la mirada, dedicándome una sonrisa burlona que cuarteó la carne abrasada de su

rostro. Extendió un brazo para señalar con su arma un punto detrás de mí. Me giré y vi cómo el puente de abordaje del trirreme siciliano, el temido *corvus*, comenzaba a caer sobre nuestra nave como una garra. Y esta vez sonaron en mi interior cientos de alarmas.

El garfio del *corvus* perforó nuestra cubierta con una facilidad asombrosa, al tiempo que su base destrozaba, en su caída, un tramo de la borda de estribor y varios toletes. La superficie vibró con violencia bajo mis pies. De nuevo ambas naves quedaron trabadas, esta vez en paralelo, separadas a menos de diez pies. En un instante, decenas de soldados sicilianos pasaban en fila sobre el *corvus* y subían a nuestra embarcación.

Mientras me disponía para el combate, advertí que no portaba escudo. Miré alrededor, contrariado, cuando a varios pasos a mi derecha distinguí uno manchado de sangre. Lo cogí, y, al girarme, me encontré con la cara desencajada de un siciliano, que se dirigía hacia mí empuñando un gladio oxidado. Reaccioné presto, y con un movimiento corto del brazo traspasé su abdomen. Al caer de rodillas, aún blandía torpemente su arma en alto. Otro rival se me acercó anadeando, señalándome con un *pilum* y mostrando con sonrisa siniestra unos dientes amarillos y afilados. Su arma destellaba. Al retroceder hacia la proa, intentando esquivar los cadáveres tendidos sobre la cubierta, sentí un golpe a mi espalda. Era el palo mayor. Lo rodeé sin dejar de mirar a mi rival, intentando que quedara entre él y yo. El siciliano me enfiló con encono, tratando de alcanzarme en los flancos del palo. Hasta que desvié una de sus acometidas con mi escudo. El *pilum* resbaló sobre su superficie, clavándose profundamente en la cubierta. Entonces giré sobre mí mismo con el brazo extendido. El siciliano aún sonreía cuando el filo de mi gladio le cercenó limpiamente el cuello.

De pronto, un clamor fantasmal se impuso sobre el ruido que me envolvía, penetrando en mi mente como un co-

ro de sirenas. Desligado en parte de la realidad por aquel sonido, traté de buscar su origen oteando a lo lejos, más allá del combate y de los trirremes, pues era evidente que no procedía de ellos. Tras una bruma que flotaba sobre las aguas, descubrí una masa deforme y colorida que ocupaba todo el horizonte.

Una serie de reverberaciones me liberaron de la alucinación, a la vez que los alaridos que llenaban la cubierta me ceñían de nuevo a la realidad. Los sicilianos comenzaban a romper nuestras defensas, haciendo que un par de nuestros soldados saltaran repentinamente por la borda. Apenas salpicaron la nave al caer al agua, pero la anegaron de desaliento. Sin embargo, al seguirlos con la mirada, topé milagrosamente con la esperanza. A babor, a menos de quinientos pies de distancia, los remos de un trirreme rodiota cortaban el mar, provocando heridas de espuma mientras avanzaba en nuestro auxilio. Al verlo, recordé unas palabras: «Cambian de clima, no de alma, quienes veloces atraviesan los mares». Los ánimos se me encendieron de nuevo. Nada estaba aún perdido.

Un nuevo siciliano me salió al paso, maldiciendo y arrojando espumarajos por una boca casi desdentada. Cayó bajo mi arma sin saber siquiera de dónde venía el golpe. Tras abatirle, conté con el tiempo justo para girarme y bloquear una cuchillada de un nuevo enemigo, quien continuó acometiéndome en corto, proyectando su aliento sobre mi rostro, inundando casi mis pulmones. Su sangre brotó cálida cuando lo atravesé con el metal, hundido hasta la empuñadura. Luego apoyé el pie sobre el hombro del caído, con el fin de liberar la hoja, que escapó al son de huesos astillándose. Y en ese momento, la lucha me otorgó una pausa, instante que aproveché para sofocar el ardor de mis brazos y para evaluar de nuevo la situación.

La sangre recorría la cubierta como un manto, fluyendo espesa, tornándose brillante al escapar de las sombras que la oscurecían en su avance. El número de soldados rodiotas